

EL NUEVO CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA

Aproximación al segundo Catecismo universal en la historia del catolicismo (1992)

por el Académico de Número

Excmo. Sr. D. Olegario GONZÁLEZ DE CARDEDAL*

La vida humana es una sorprendente mezcla de acción y de reflexión, de gestas y de palabras, de facturas y de escrituras, de ilusiones pensadas y de construcciones realizadas. Así el hombre va interpretando su destino en el mundo, que reclama a la vez ser pensado y llevado a cabo, interpretado teóricamente y puesto en acto prácticamente. Porque a diferencia del animal, al hombre le es esencial el proyecto, la interpretación, la anticipación, la memoria y la esperanza. El libro ha sido uno de los exponentes supremos de esta humana necesidad de interpretación, de proyecto formulado, de memoria y esperanza descritas, para que los propios autores primero y sus futuros lectores después dijese su palabra, y al decirlo se sintieran libres en el mundo y en su resonancia percibiesen la gloria de ser hombres, superiores a la materia y vencedores del tiempo. El *relato* vivo para una cultura, la *escritura* para otra y la *imagen* para una tercera forman las tres grandes expresiones de la vida humana, haciéndose soberana de sí misma, intentando crear un gozo imperecedero, decirse para siempre y vencer a la muerte.

UN LIBRO PECULIAR: EL CATECISMO

Hoy vamos a hablar de un libro peculiar, un *catecismo*. La palabra tiene una historia larga y matizada. Antes de designar un libro, había sido utilizada en la antigüe-

* Sesión del día 19 de enero de 1993.

dad para designar la enseñanza transmitida por la Iglesia a quienes pedían convertirse en sus miembros por el bautismo (catecúmenos). En la Edad Media significará enseñanza religiosa sin más. A partir del momento en que la imprenta aligera la memoria y hace gemir las prensas, catecismo significa el libro que contiene la enseñanza religiosa que ha de ser transmitida en la familia, en la escuela y en la iglesia. Texto escrito que en su origen nunca tuvo una autonomía absoluta respecto de la persona que lo usaba. En el fondo está una convicción esencial y todavía sagrada hoy: el cristianismo es una realidad viva, vivida por personas que la transmiten dando testimonio de ella, poniendo su vida por ella y remitiendo a la comunidad de creyentes en medio de la cual puede ser compartida la experiencia de la revelación, de la gracia y del perdón de Dios otorgados en Jesucristo.

El cristianismo, pese a las apariencias y a su historia, no es religión de libro, sino de persona, no de imprenta sino de comunidad, no de objetivación conceptual sistematizable e inteligible al margen del testigo y de la comunidad que la porta. El cristianismo en principio fue Jesucristo, tras él la comunidad apostólica, tras éste la incesante y variada comunidad de hombres y mujeres creyentes que recuerdan la palabra de Jesús, celebran su eucaristía tras haberse identificado con él por el bautismo, viven conforme a su mensaje, intentan realizar el programa de las Bienaventuranzas y esperan la redención plena del cosmos y de la humanidad. Palabra viva, de hombre a hombre, fue la de Jesús en el origen; palabra viva ha sido luego la de la Iglesia a lo largo de los siglos. Y esa palabra viva, con un sujeto personal que le otorga verdad concreta ha hecho surgir libros hoy sagrados. En el catolicismo hay cuatro libros, que se articulan entre sí, remiten unos a otros y entre sí dan una idea completa de lo que es una religión vivida. Esos libros son: la *Biblia*, o libro de la memoria del origen; el *Misal*, o libro de la celebración comunitaria; el *Breviario*, o libro de la oración personal y el *Catecismo*, o libro de la reflexión histórica. Los cuatro son palabra de Dios y los cuatro son palabra de hombre. Por supuesto, lo es en muy distinta manera la Biblia, de la que por antonomasia decimos que es palabra de Dios de como lo es un catecismo. Y, sin embargo, los cuatro se necesitan. Los cuatro han ido siempre unidos y sólo se han separado cuando han surgido las grandes rupturas históricas, rupturas de iglesia o rupturas de conciencia. Y si estamos ante una tarea nueva hoy es la de volver a soldar estas cuatro dimensiones de la experiencia cristiana: la que nos entrega las palabras, hechos e interpretación de nuestros orígenes, la revelación divina y la Iglesia (Biblia); la que nos permite celebrar esa revelación como Misterio de salvación para la vida humana en el sacramento central, que es la eucaristía y en los que de ella se derivan (Misal); la que abre a cada hombre a la mirada, a la presencia y al diálogo personal con Dios en la oración (Breviario); la que ofrece la exposición coherente, orgánica, íntegra de lo que la vida cristiana piensa, hace y espera en el mundo y en el trasmundo.

La palabra catecismo tiene su real nacimiento y enraizamiento histórico en el siglo XVI. En 1528 la encontramos como título de un libro en el protestante A. Althamer. A partir de esa fecha la reforma introducida por Lutero, con la consiguiente controversia para fijar la fe cristiana auténtica y la iglesia verdadera, se hará del

catecismo el gran arma para la afirmación de la fe específica por parte de los dos grandes grupos en que se escinde la Iglesia: Protestantismo y catolicismo. En 1529 inaugura la serie el propio Lutero con su obra: «*Der Kleine Katechismus Doktor Martin Luthers. Gebete, Sprüche, Lieder*»; en 1530 sigue el «*Grosser Katechismus*» y a partir de ahí todos los grandes teólogos del siglo escribirán el suyo.

Cada confesión escribirá el suyo: Lutero por un lado y Calvino por otro, a la vez que cada uno de los reformadores en la ciudad respectiva. En la iglesia católica surgen centenares; algunos lograron un eco especial; cada cual por diversas razones. Enumeramos sólo algunos: Erasmo (1533), San Pedro Canisio a partir de 1554, San Roberto Belarmino (1597). En España serán decisivos los de Carranza y Constantino Ponce, incriminados por la Inquisición y luego otros que lograrán imponerse y perdurar durante siglos hasta nuestros días: Astete y Ripalda. Cerca de un centenar de catecismos se escriben durante el siglo XVI en la península y cerca de otro centenar en las tierras recién descubiertas. Una inmensa gesta creadora hizo surgir catecismos bilingües, trilingües, escritos por los misioneros para acercar a todo indígena la palabra del evangelio. Y cuando la palabra era imposible surgieron los signos y con ellos los catecismos pictóricos, que hablaban directamente a los ojos, cuando la lengua era desconocida y no podía llegar a los oídos desde el misionero al indígena.

La innovación de la reforma luterana y la novedad del descubrimiento consagró definitivamente a ese libro para nosotros familiar, que llamamos catecismo, en sus variadas fórmulas: «Catechismus minor, parvus, maior»; texto para el catequista siendo explicado o texto para el catequizando siendo memorizado; pequeñísimo manual para ser guardado en el bolsillo y aprendido de corazón o grueso volumen, que compendia toda la fe católica con sus exigencias morales y contenidos de piedad, al que se acude para consultar. Esa amplia gama semántica abarca la palabra catecismo hasta hoy, sin que se pueda superar fijando con rigor un sentido más preciso y diferenciable.

EL CATECISMO EN LA HISTORIA MODERNA DE LA IGLESIA

El catecismo ha surgido, por tanto, cuando la fe ha estado a debate, en duda, bien porque se negaba su forma tradicional y se la presentaba de una forma más originaria y auténtica, o bien porque había que presentarla como la gran novedad iluminadora y salvadora a un mundo que no la conocía, a los paganos. Problema de duda, perplejidad, diferencia, pluralismo al borde de la ruptura o de la degradación dentro de la Iglesia o necesidad de una nueva abertura y evangelización de un mundo nuevo, bien en sentido geográfico o en sentido espiritual: esa ha sido siempre y esa es hoy la raíz de un catecismo. Porque toda provocación de fondo obliga a un sujeto individual o a una comunidad creyente a decir quién es, a esclarecer su origen, su contenido, su misión específica, su diferencia respecto de otros grupos. Sabemos quién somos cuando los otros nos devuelven una imagen de nosotros mismos; y dudamos de nuestra identidad cuando el prójimo nos cuestiona, rechaza o discute nuestra pretensión.

Sobre ese fondo histórico y teórico hay que situar el «Catecismo de la Iglesia católica», mandado publicar por el papa Juan Pablo II, mediante la Constitución apostólica «Fidei Depositum» del 11 de octubre de 1992, trigésimo aniversario de la apertura del Concilio Vaticano II. Por segunda vez en la historia del catolicismo la Iglesia propone un catecismo universal, con pretensión de ofrecer una exposición orgánica, completa y auténtica de la fe cristiana a todos sus miembros, en todos los continentes, más allá de las diferencias culturales en las que se expresa la propia fe. La primera vez fue el año 1566 en que se publica el llamado Catecismo Romano, elaborado por encargo del Concilio de Trento, y destinado a los párrocos, para ayudarles en la misión de transmitir la fe auténtica y completa. La razón última de este instrumento conciliar es la ignorancia constatada entre el clero y quienes tienen que enseñar la doctrina cristiana. Por eso su título es «*Catechismus ad parochos*».

El Concilio Vaticano I tuvo entre sus propósitos y proyectos la elaboración y publicación de un catecismo de la fe católica, pero ya no destinado a los párrocos sino a los niños, y pensado de tal forma que pudiera ser memorizado a fin de ofrecer formas auténticas y precisas de la fe, en un momento en que ideologías científicas, movimientos anticristianos o perplejidades eclesiales difuminaban la identidad de la fe católica. Era un «*Catechismus ad pueros*». La interrupción del Concilio, provocada por el estallido de la guerra francoprusiana dejó sin realización al proyecto, en el que nadie más volvió a pensar, aun cuando nunca cesaron las voces que seguían reclamando un catecismo universal para toda la Iglesia. Entretanto cada obispo en su diócesis fue redactando el propio, utilizando los que se habían acreditado tradicionalmente o manteniendo en uso el Catecismo romano. El surgimiento de las naciones en sentido moderno y la configuración precisa de lenguas y culturas fue llevando consigo el surgimiento de los catecismos nacionales o de áreas lingüísticas comunes.

El actual CIC (=Catecismo de la Iglesia Católica) es un hijo inesperado del Concilio Vaticano II y reclamado en el posconcilio. El Vaticano II se comprende a sí mismo como expresión actualizada, fiel e innovadora, a la vez del evangelio y de la propia Iglesia. Quiso volver a levantar en alto la luz de Cristo como salvación de todos los hombres, describir a la Iglesia como servidora de esa Luz, invitar a los individuos y a los pueblos a realizarse al resplandor de ella, comprendiéndose a sí misma como el signo e instrumento de la unión que Dios ha establecido con los hombres y de la unidad de los hombres entre sí. Con sus textos, con su actitud, con su lenguaje era él en cuanto totalidad el mejor catecismo del siglo XX. Y con estos términos lo describió Pablo VI. El Concilio estaba afirmando tanto la suprema revelación divina en Cristo, como la unidad de Dios y de los hombres a la vez que la necesidad de expresar el evangelio de forma diferenciada en cada cultura. La unidad de la fe y de la revelación cristianas no llevan consigo una unidad de cultura y de teología, es decir, no exigen una formulación única de la fe cristiana. El evangelio tiene que ser capaz de hablar en griego, en alemán, en tailandés, en chino o guaraní. Contra todos los fundamentalismos, y justamente porque según dijimos antes el cristianismo no es religión de libro, aun cuando lo incluya, ni religión de hechos tomados en su

materialidad, aun cuando se funde en la historia real de Jesús: por eso, el cristianismo se puede decir en todos los idiomas, expresar en todas las culturas, aun cuando esto lleve consigo un largo y complejo proceso de transformación interior. El evangelio es un principio de verdad, una potencia de justificación, una realidad justificadora antes que una palabra o una idea formalmente mostrable.

Por este sentido de la pluralidad cultural, por su conciencia de la necesaria inculturación del evangelio y de la iglesia en cada mundo diferente, por su rechazo a imponer a otros continentes la cultura europea junto con la fe y por la alergia ante toda dominación occidental, el Vaticano II no aceptó la propuesta de un nuevo catecismo para toda la iglesia y dispuso que se elaborase un «directorío catequético», es decir, un manual con directrices, ideas y métodos, a la luz de los cuales los obispos en sus diócesis redactaran catecismos adaptados a cada universo cultural, a cada edad, a cada situación de fe. Sin embargo, justamente para conmemorar los treinta años de su apertura Juan Pablo II ordena la publicación de este CIC. ¿Qué ha ocurrido en el entretanto para pasar de la negativa conciliar a la redacción de este texto de 708 páginas, que abarca dogma, moral, liturgia e historia vivida de la Iglesia católica, destinado a los obispos y redactores de catecismos nacionales, para que «les sirva de texto de referencia, seguro y auténtico», y que por otro lado no sólo no quiere sustituir los catecismos locales, sino que se comprende como una ayuda y guía para que surjan otros nuevos y actualizados?

El Cardenal Danneels, arzobispo de Malinas-Bruselas, decía así en su relación de clausura del Sínodo extraordinario de 1985, convocado por Juan Pablo II para celebrar, verificar y promover el Vaticano II a los veinte años de la clausura: «De modo muy común se desea que se escriba un catecismo o compendio de toda la doctrina católica, tanto sobre fe como sobre moral, que sea como el punto de referencia para los catecismos y compendios que se redacten en las diversas regiones. La presentación de la doctrina debe ser tal que sea bíblica y litúrgica, que ofrezca la doctrina sana y sea, a la vez, acomodada a la vida actual de los cristianos».

Por su parte, Juan Pablo II, en el discurso de clausura recogía la sugerencia en estos términos: «En lo que se refiere a las valiosas sugerencias hechas en este Sínodo, deseo particularmente subrayar algunas: El deseo de preparar un resumen de toda la doctrina católica en un catecismo al que se refieran los catecismos y resúmenes doctrinales de las Iglesias particulares. Este deseo responde plenamente a una verdadera necesidad de la Iglesia universal y de las Iglesias particulares».

EL NUEVO «CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA»

Un complejo proceso, que va de 1986 a 1992, conduce a la redacción del texto que tenemos hoy entre las manos. Un volumen de 708 páginas, numerado en forma similar a como podía estarlo un código civil o más exactamente a como lo ha estado el Código de Derecho Canónico, en 2.865 pequeños párrafos. Más allá de esta

división material en páginas y párrafos, ¿qué contiene, qué ofrece y cómo está internamente estructurada la obra? Quiere ofrecer la realidad de la fe cristiana en su *integridad, organicidad y autenticidad*. Por tanto, toda y no sólo algunos aspectos especialmente esenciales o especialmente importantes a la luz de la conciencia moderna, de las necesidades pastorales, de las objeciones que se hagan desde fuera contra el catolicismo, o de las amenazas y perplejidades internas. Por tanto, el todo y no sólo alguna de sus partes. Es una totalidad pensada desde la realidad misma en sí, y no tanto desde los sujetos a quienes está destinada o desde las situaciones en que éstos se encuentran. Frente a intentos de la catequética reciente de ir ofreciendo los contenidos dogmáticos y las exigencias morales del cristianismo de manera gradual, adaptándose a las capacidades receptivas del sujeto, este catecismo lo presenta todo y de una vez. En este sentido es un catecismo para todos y de todos; no es para nadie en particular y requiere un acercamiento pedagógico, una adaptación de ciertas afirmaciones de perspectivas, según los oyentes o lectores, una actualización y complementación. Hay que recordar que, en principio, él se dirige sólo a los obispos y redactores de los catecismos locales o nacionales.

La *organicidad* quiere decir que no ofrece las realidades cristianas de manera desconexa, amontonada, incoherente, como si ellas no guardasen una relación entre sí. El cristianismo es un universo vivo de realidades, ideas, principios y esperanzas que están en relación y dependencia profunda entre sí. Lo mismo que un ser humano consta de órganos diversos, y cada uno de ellos tienen su lugar, su función y su forma propia de actuación con su desarrollo peculiar y, sin embargo, todos colaboran a la única vida personal del hombre, así ocurre también en el cristianismo con el dogma, la moral, la vida sacramental, la oración.

LÓGICA DE FONDO Y PARTES DEL CATECISMO

El catecismo, siguiendo un esquema clásico en la historia de la Iglesia, asumido también por el Catecismo romano del Concilio de Trento se divide en cuatro partes: La profesión de la fe bautismal (Símbolo); los signos celebrativos de la salvación ofrecida por Dios en Cristo (Sacramentos); la correspondiente forma de vida del hombre cristiano (los Mandamientos); la oración del creyente (Padre Nuestro).

En la primera parte (la profesión de fe) se expone primero lo que es la fe en su dimensión individual («Yo creo») y en su dimensión comunitaria («Nosotros creemos»). Luego se explican los contenidos de la fe mediante la exposición de los artículos del Credo de los apóstoles. La primera sección asume lo que ha sido llamado el giro o concentración antropológica de la modernidad. Por ello, antes de proponer lo que la Iglesia cree, se habla del hombre como ser en busca de sentido, de verdad, de Absoluto, de Dios. ¿Es capaz el hombre de buscar, de encontrar y de responder a Dios si este le llama desde el fondo de su conciencia, desde la realidad que reclama fundamento, desde la historia como palabra innovadora? La articulación de esta introducción al catecismo asume estas cuestiones bajo tres grandes afirmacio-

nes: El hombre ser capaz de Dios; Dios al encuentro del hombre; la respuesta del hombre a Dios.

Estas cuarenta páginas primeras son impensables en un catecismo escrito con anterioridad a 1600. Hasta esa fecha era evidente la condición divina del hombre, en cuanto imagen de Dios, y por ello su necesidad de Dios y su capacidad de Dios, a la vez que era evidente socialmente que Dios existía, que podía revelarse al hombre, que existían en la historia huellas de la revelación divina y que ésta había tenido su punto cumbre en Jesucristo, dejándonos en la Biblia y en la palabra apostólica su eco vivo. Sin embargo, para la conciencia moderna eso es lo que ha quedado en duda y el Catecismo lo explicita. No intenta demostrar nada, pero sí poner al descubierto los presupuestos antropológicos de la fe. Antes de decir qué creemos y a quién creemos, se alumbra la estructura antropológica del ser humano, mostrando la posibilidad, la forma concreta y la realización misma de la fe como acto que pone en juego al hombre entero: la inteligencia, la voluntad, el deseo, la esperanza, el amor. Si creer es una forma de ejercitar la humanidad desde su raíz y si la libertad es la capacidad de descubrir, consentir y elegir al Absoluto, el Catecismo hace patente esas condiciones de la humanidad realizadas en el acto de la fe. De esta forma inserta a la fe en lo humano, como su expresión más auténtica.

La segunda parte lleva por título *celebración del misterio cristiano*. Tras haber hablado de la fe como posibilidad humana y de la revelación de Dios en Cristo, sedimentada en la Biblia y transmitida viva en la Iglesia, con su fórmula en los artículos del Símbolo de los Apóstoles, ahora se muestra cómo esa máxima revelación de Dios en Cristo es otorgamiento de la propia vida divina, del propio Misterio de Dios. El cristianismo no es ante todo una religión de ilustración sino, sobre todo, de divinización. Dios ofrece su vida que comienza restaurando la del hombre, cuando éste se halla bajo el pecado (redención), y la lleva a una plenitud antes insospechable para ella (santificación). Ese misterio de Dios se nos acerca a cada hombre, en cada lugar, por la celebración de los divinos misterios o sacramentos. Los siete sacramentos son así la actualización del gran Misterio vivificador de Dios, otorgado al hombre en momentos o situaciones cumbres de su vida: nacimiento (bautismo), maduración y adentramiento en la vida (confirmación), el hecho mismo de acceder a una vida sobrenatural tal como la vivió Cristo, constituyéndonos en su cuerpo social o iglesia, al participar de su cuerpo y de su sangre entregados (eucaristía), el paso a una forma de existencia que decide de la persona bien en relación con otra (matrimonio), o bien en servicio a la comunidad de fe (orden). Si en la primera parte los artículos de la fe han aparecido como la manifestación de la verdad de Dios, aquí los sacramentos aparecen como la donación de la vida de Dios. En el cristianismo lo esencial son la Verdad y la Vida de Dios, que por el don de Cristo en la encarnación y por la emisión del Santo Espíritu se convierten para la Iglesia y para cada hombre en verdad y vida propias.

La tercera parte trata de *la vida en Cristo*, de la vocación a la que hemos sido llamados por Cristo, bajo la acción del Espíritu, una vez que fuimos iluminados con la fe, santificados por los sacramentos e integrados en la Iglesia. ¿Cuál es la forma de

existencia que corresponde a esa fe y vida sacramental, de la que se ha hablado en las partes anteriores? Si el dogma no es sólo revelado por Dios sino también revelador del hombre, y a la luz de Cristo, imagen visible de Dios invisible, hemos aprendido a ser hombres nuevos, surgirá una comprensión de la persona, de la relación con el prójimo y de su realización en el mundo que reflejan lo que Cristo fue, que llevan a cabo su seguimiento e imitación, que corresponden a la alianza de amor que Dios instauró con la humanidad en él. La vida moral es siempre un momento segundo, ya que se deriva de la comprensión que se tenga de la persona, de su constitución y de su destino. Por ello, en el cristianismo los mandamientos vienen tras el Credo y tras los Sacramentos. Tras una historia de verdad y tras una oferta de gracia, el cristiano vive una vida nueva. Los mandamientos intentan reflejar esa novedad de existencia en el hacer de cada día, en la relación con el mundo y con el prójimo. Esos deberes y obligaciones son la forma en que el hombre muestra su agradecimiento a Dios, acogiendo su voluntad y reviviendo sus modales y costumbres divinas.

Así muestra su capacidad de crear gracia para el prójimo, a imitación de la gracia que Dios le ha otorgado a él. Este es el fondo gozoso de la moral cristiana, bien alejada del platonismo, de la ética kantiana y de legalismos distorsionadores. La complejidad del vivir exigirá luego la casuística, pero ésta no puede olvidar que está al servicio de un «evangelio», es decir, de una buena nueva de justificación y de la bella aventura de ser como Cristo en el mundo. Siglos de moralismo fácil han hecho olvidar que los imperativos cristianos nacen de unos indicativos teológicos, es decir, que la acción del hombre responde y corresponde al hacer, hablar y amar previo de Dios. La moral cristiana es así moral de responsabilidad ante Dios y de corresponsabilidad con el prójimo. En consecuencia se articula como agradecimiento laudativo ante Dios (acción de gracias) y como servicio al prójimo (creación de gracia).

La cuarta parte se titula sin más: *La oración cristiana*. No quiere ser sino la aplicación personal de todo lo anterior, mostrando cómo el hombre que ha conocido a Dios, ha compartido su vida en los sacramentos y quiere conformar su acción a la luz de los mandamientos, necesita entrar en relación dialogal, votiva y comunicativa con Dios, como lo hizo Jesucristo. Sin palabra no hay amor y sin comunicación no hay fidelidad. Jesucristo nos precedió viviendo filialmente su existencia en oración, en audición y respuesta del Padre, en obediencia y glorificación de él. Tras mostrar esta naturaleza cristológica de la oración cristiana, por ser participación en el diálogo de Jesús Hijo con el Padre, el texto va exponiendo cada una de las peticiones del «Padre Nuestro», legado supremo de Jesús. De la oración como hecho pasamos así al comentario del supremo texto de oración que nos dejó el Señor.

De esta forma el Catecismo quiere hacer patente la lógica profunda del cristianismo como hecho exterior, verificable en la historia de los cristianos y de la Iglesia, y sobre todo hacer patente la lógica y sentido profundo de la propia vida personal cristianamente vivida. Todo está en conexión y cada una de las partes o actitudes nacen o desembocan en las otras. No hay fe sin sacramentos, ni sacramentos sin comportamiento moral correspondiente, ni vida exterior de acción sin vida interior

de relación con Dios o de oración. Y todo esto lo ofrece el Catecismo como *becho vivido* por una comunidad que abarca veinte siglos y se ha expresado en culturas muy diferentes entre sí. No ofrece un tratado de teología o una historia de la Iglesia, o un sistema de moral separada sino una totalidad de sentido y de vida. Por ello se cita la Biblia, la liturgia, los Santos Padres, los teólogos, los autores espirituales, hombre y mujeres, de Oriente y de Occidente, del siglo I y del siglo XX. Los dos últimos nombres son Newmann y Sor Isabel de la Trinidad. Aquí no se oyen voces particulares sino la voz grande y sinfónicamente orquestada de una comunidad de fe, en la que todos cantan dentro del coro. Ningún cristiano se ha querido genio, aun cuando lo haya sido. Todos se han sabido hijos de Dios en libertad redimida y miembros de la Santa Madre Iglesia, que viene de lejos, que nos integra y fecunda a nosotros, a la que nosotros y a nuestra vez, fecundándola o destruyéndola, entregamos a nuestros hijos.

EL NUEVO CATECISMO Y OTROS CATECISMOS POSCONCILIARES

Tienen razón quienes dicen que es difícil analizar con rigor este libro porque en él encontramos junto todo el cristianismo: desde textos de la Biblia procedentes del siglo X antes de Cristo, hasta San Agustín en el siglo V, Santo Tomás en el XIII, San Juan de la Cruz en el XVI y Teresa de Lisieux en el XIX. Mezcla de siglos, de autores, de géneros literarios, de niveles de expresión, de autoridad y normatividad. ¡Y no es lo mismo una definición dogmática de un Concilio Ecuménico que una jaculatoria de Santa Juana de Arco! Es verdad que existe esa mezcla. Pero hay diferencia en la valoración de cada una de las afirmaciones y se puede distinguir cual es lo más esencial de lo más accidental. Los autores han querido presentar una totalidad orgánica, y que desde dentro de ella el lector descubra la importancia de cada una de las partes de ese organismo y de las aserciones correspondientes a ellas. Han operado más con el criterio clásico de «plenitudo veritatis» que con el moderno de «hierarchia veritatum». Por supuesto, que dedos y cabellos son menos importantes en el hombre que el corazón y riñón, pero un hombre en plenitud vivida es todo eso: realidad y función, estatura y belleza. El hombre es tal en cuanto totalidad, en cuanto vida, en cuanto organicidad. Así es la iglesia y su fe. Y el Catecismo propone a ésta como una unidad orgánica y sinfónica, no cuantitativa o matemática.

¿Cuál es la forma literaria, el modo de expresión, que ha elegido el Catecismo? A lo largo de los últimos decenios se habían elaborado múltiples Catecismos. Así encontramos varios modelos. 1) Los que tendían a una recuperación de la fe cristiana a partir del origen, y por tanto desde la Biblia, organizando la materia histórica, genéticamente, o utilizando una idea clave en la Biblia: v. g. la de la alianza, encarnación, promesa. Surgieron así los llamados *Catecismos bíblicos*. 2) Los que se propusieron exponer la fe cristiana a partir de las dificultades que la razón moderna encuentra para creer, y reinterpretaron los dogmas cristianos intentando sumar su verdad originaria con las necesidades y límites de la conciencia contemporánea. Así lo hizo el *Catecismo holandés*. 3) Los que se propusieron partir de lo más nuclear en

el cristianismo, establecer una jerarquía interna de verdades y desde ahí favorecer el encuentro entre las iglesias separadas, por acentuación de lo común entre ellas y yendo de lo compartido ya en el presente a lo compartible en el futuro. Y nacieron los *Catecismos ecuménicos*. 4) Los que hicieron un intento por presentar la racionalidad interna del cristianismo, su concordancia profunda con las necesidades permanentes y los anhelos indestructibles del alma humana, su no oposición a las mejores esperanzas de la humanidad, su originalidad a la vez que su simplicidad, su originalidad a la vez que su actualidad. Así surgió un texto admirable por su claridad, valor y fecundidad espiritual: el *Catecismo católico para adultos*, de la Conferencia Episcopal alemana.

El actual Catecismo de la Iglesia Católica presupone todos estos esfuerzos y se sitúa en otra perspectiva. Quiere testimoniar y exponer lo que ha sido y es la fe de la Iglesia católica vivida desde dentro de ella misma, sin preocupación demostrativa, ni apologética, ni ecuménica en sentido directo. No arguye como los teólogos, no defiende como los apologistas, no busca concordancias como los ecumenistas, no expone la fe sólo a la luz del texto bíblico como los exégetas, no responde a las dificultades que se le pueden hacer a la fe desde las ciencias. En alguna forma cuenta con todo ello, lo tiene en el trasfondo, quisiera que resonaran todas esas preocupaciones en el texto, pero primordialmente lo que quiere hacer es dar la palabra a la historia, a la conciencia, a la esperanza de una Iglesia apostólica fiel a la revelación que Dios le ha otorgado, para poder ser así una palabra de salvación para el hombre, una divina palabra de salvación y no una humana palabra de acusación o de alabanza. Se acerca más al género literario evangélico como proclamación reflexiva e invitación a la fe, que al género literario de ciencia o dialéctica, como argumentación en favor de lo propio y refutación de lo ajeno.

TRÁNSITO DEL VATICANO II AL SÍNODO EXTRAORDINARIO

Hay libros que hacen historia y hay historia que suscita libros, haciéndolos necesarios. No sabemos si este libro hará historia, pero sí debemos preguntarnos qué historia previa le ha hecho posible primero y luego necesario. ¿Qué ha ocurrido en la Iglesia para que en el espacio de veinte años se haya cambiado de opinión y después de que un Concilio ecuménico dijo que no era necesario ni conveniente un catecismo universal, un Sínodo extraordinario, convocado para celebrar, verificar y actualizar ese concilio, lo declare conveniente y un papa añada que es necesario para la Iglesia universal y para las Iglesias particulares? Intentamos comprender los factores históricos, existentes tanto dentro de la Iglesia como fuera de ella, que han llevado primero a sentir la necesidad formulando la petición y luego a la concepción y realización de este catecismo.

El Vaticano II fue el don e instrumento que Dios otorgó a su Iglesia para que ésta pensara su mensaje y lo propusiera a los hombres a la altura de la conciencia histórica y en mayor fidelidad al evangelio. Mucho fue expuesto, pero no todo fue

aclarado. Durante el Concilio parecía que todos decíamos lo mismo, pero no todos pensábamos lo mismo, ni las interpretaciones de la fe eran siempre convergentes. Aludo sólo a dos hechos decisivos: el año de la clausura del Concilio se publica el *Catecismo holandés*, que tras haber sido aplaudido con entusiasmo por unos y vivamente criticado por otros, estuvo a punto de convertirse en un catecismo universal. Pese a las objeciones que la autoridad de Roma levantó contra él y al riesgo de que se estableciesen correcciones, ni los redactores ni los obispos holandeses aceptaron rehacer el texto. Eso suscitó graves cuestiones de fondo: 1) La autonomía y capacidad de una conferencia episcopal para formular la fe, al margen de las demás. 2) La posibilidad y conveniencia de una nueva formulación de la fe para toda la iglesia universal. 3) La forma de realizarla y la correspondiente acción del Papa.

El caso Hans Küng puso sobre la mesa otras cuestiones no menos serias y, sobre todo, la interpretación auténtica del Concilio. Su libro «La Iglesia», que según sus propias palabras es una eclesiología paralela a la del Vaticano II, estuvo a punto de convertirse en el texto más leído, sobre todo en países menos desarrollados teológicamente como España o con complejo de retraso histórico. La teología de la liberación planteó otros problemas de fondo a la hora de pensar la relación del cristianismo con sistemas de pensamiento como el marxismo o de pensar las responsabilidades de la Iglesia en el orden social y político. La inculturación especialmente en los países en los que el cristianismo había permanecido con atuendo y conceptos occidentales, sobre todo en universos de grandes religiones y culturas como Asia, planteó imperativos y dificultades nuevas, que muchos quisieron resolver con una lenta y profunda reflexión y otros en cambio resolvieron mediante un concordismo o adaptación fácil de las culturas previas, sin esperar a aquella necesaria conversión de ambos dialogantes, la del que recibe el cristianismo abriéndose al evangelio y la del que lo presenta abriéndose a posibles expresiones nuevas de éste y de la Iglesia. El pluralismo, eufóricamente recibido en la Iglesia tras siglos de uniformación desde el Concilio de Trento, ha llevado a tal diversidad de expresiones diferentes de la fe que muchos no ven su posible convergencia ni cómo sea realizable la unidad de la Iglesia. A ello se añade finalmente la compleja situación de las Iglesias misioneras, unas afectadas por la pobreza de medios y de personas, otras subyugadas por regímenes políticos que les niegan el pan y la sal; otras finalmente salidas de regímenes persecutorios, que las han mantenido en el silencio durante decenios. A ello hay que añadir la fragmentación interna de la Iglesia en grupos recelosos de todo lo nuevo, tradicionalistas e integristas hasta el extremo de poner bajo sospecha todo lo conexo con el Vaticano II, negando su continuidad y homogeneidad con los anteriores Concilios ecuménicos. Finalmente el surgimiento de grupos, ideas, movimientos y comunidades que ven y viven la totalidad cristiana desde su peculiar óptica revolucionaria o carismática, espiritualista o política. Tales grupos pueden ser fecunda semilla de renovación cristiana eclesial y gérmenes de desintegración. Unos viven de la auténtica sabiduría conciliar, mientras que otros se erigen a sí mismos en absoluto, gestando un paraconcilio, anticoncilio o metaconcilio. A estos fenómenos

intraeclesiales se unen otros de naturaleza secular más generales: la ruptura o estallido de la cultura tradicional, que había servido hasta ahora de matriz expresiva a la fe de la Iglesia y que de hecho está desapareciendo en los últimos años. Mediante ella la verdad teológica y la significación antropológica de la fe cristiana se habían acreditado como generadoras de humanidad. Tras los grandes derrumbamientos de ideologías, filosofías y proyectos políticos poco queda en claro y en alto en la conciencia europea. No queda un proyecto moral, una concepción antropológica y una visión metafísica de la realidad a partir de la cual se pueda hablar coherentemente.

La Iglesia no es pesimista ni optimista en sentido biológico o histórico. Por ello no hace un análisis meramente teórico sino sobre todo pragmático de la situación y se pregunta si en un mundo fragmentado, pluralista y pluricéntrico que no reconoce criterios objetivos de verdad, sentido; derecho; en el que, por tanto, no se puede hablar de racionalidad objetiva y se intercambian modelos de racionalidad con mera pretensión funcional y en el que son los números y las estadísticas las que deciden verdad, derecho y justicia; en un mundo así, ¿puede la iglesia dejar la fe a merced de las formulaciones que hacen esos universos mentales todavía no decantados, purificados y aclimatados a la exigencia interna de la revelación? Entre fundamentalismos por un lado y secularizaciones radicales por otro, entre un atemimiento angustiado a las formas y fórmulas que la fe tuvo en el pasado y una abertura incondicional a un futuro, que sería criterio de la fe cristiana, este Catecismo se ofrece como expresión auténtica de la fe cristiana, para alumbrar y alimentar, corregir o ensanchar la conciencia católica primero y luego la de todo el que quiera conocer el cristianismo.

EL NUEVO CATECISMO EN EL CONTEXTO DE LA CULTURA CONTEMPORÁNEA

Desde esta fidelidad a su propio origen y misión, el Catecismo quiere cumplir también un servicio de humanidad, más allá del ámbito de la propia Iglesia. La Iglesia nunca ha debido ser la frontera del evangelio frente o contra los otros sino el trampolín o puente para que el evangelio sea posesión de todos. El Catecismo aparece en un momento preñado de perplejidades y amenazas por un lado y de posibilidades humanas por otro, porque nunca los medios con que cuenta la humanidad fueron tantos y quizá nunca los fines de la humanidad aparecieron tan difíciles de lograr. Estamos en un momento de desintegración de horizontes, de pérdida de sentido y de desfiguración de proyectos. Quemados todos los proyectos totalitarios (fascismos, marxismos, populismos), y desencantados ante nuestra incapacidad para hacer cesar la guerra, instaurar la convivencia y suprimir el hambre, los humanos nos hemos quedado atezados ante nuestra impotencia para realizar la gran utopía y ante la simultánea inhumanidad del hombre cada vez más feroz por ser cada vez más potente.

La experiencia mortífera de las guerras mundiales fue recogida en el cristianismo por la teología dialéctica y en filosofía por los diversos existencialismos. La división del mundo en dos bloques ideológicos, políticos y económicos, sostuvo al mundo

entre el marxismo y el antimarxismo. Quebrados estos esquemas hoy estamos ante el vacío de sentido histórico a la vez que de último sentido escatológico, porque sólo sabe de la historia quien tiene algo que decir sobre su origen primero y meta final. Al animal le basta comer y pervivir. El hombre en cambio necesita pensar, proyectar, gestar interpretación, formular sentido, vivir de esperanza. De esa perplejidad escatológica se derivan la anomía, el desencanto y la violencia colectivas. Porque el hombre también aborrece el vacío y, si perdura mucho tiempo ante él, se desespera, vuelve loco o agrede a sus semejantes.

El fenómeno histórico designado como «posmodernidad», o crisis y ocaso de lo que habíamos llamado época moderna, es la expresión de un desencanto, protesta y nueva orientación tras el hundimiento de los ideales, valores y fines propuestos por el humanismo de la Ilustración. Éste ha gestado el mundo nuevo con sus inmensos logros, pero a la vez con sus reversos mortales: una concepción de la naturaleza, del sujeto humano y de la cultura, que han olvidado el origen, el misterio, el prójimo, el lado débil de lo humano y con ello la culpa y la misericordia. Frente a los absolutismos políticos, intelectuales y morales que esa época moderna desencadenó, el espíritu actual se ha vuelto escéptico en unos casos, y decididamente estético en otros. Prefiere el método a la realidad, el ingenio a la verdadera inteligencia, el juego desligado a la tarea bien hecha, la libertad apropiada sin referencia alguna al ser que funda, religando envía y enviando confiere dignidad.

En la relación camino-fin, método-contenido, totalidad-temporalidad aparece uno de los problemas fundamentales de la conciencia cristiana y de la catequesis. El Cardenal Ratzinger, en una lección que pronunció en París y Lyon en 1983, y que es un jalón y giro a la vez primero en todo el movimiento catequético y luego en el surgimiento del actual Catecismo de la Iglesia católica, analizó esta hipertrofia del método, la prevalencia del sujeto sobre el objeto, la imposición de las condiciones de realidad por parte del hombre receptor a la revelación ofrecida por Dios. Desde ahí se analizaba la contraposición entre exégesis histórica y exégesis dogmática, entre proposición orgánica y completa de la fe por un lado y proposición fragmentaria y genética por otro. Es comprensible que los catequistas, más preocupados justamente por el método y por las condiciones de receptividad del sujeto, en lugar y tiempo ambientales, recibieran con recelo aquel texto de Ratzinger y hayan recibido con recelo el actual Catecismo. Pero cuando está en juego la totalidad de la verdad cristiana con la amenaza de convertir la religión en religiosidad, la historia en mito, la fe en cultura, los sacramentos positivamente derivados de Cristo en ritos de la naturaleza y símbolos de ciclos, gestos de iniciación y por ello gnosis de una vida humana que se dice, realiza y plenifica a sí misma, *entonces, las cuestiones de método deben ceder a las de contenido*. De nuevo valen las afirmaciones tajantes del evangelio: Dios es el único Señor, la palabra de Cristo la única que salva definitivamente, Dios debe ser el primer servido, la fe es un don de Dios que hay que acoger en la obediencia, la conversión y la fidelidad.

Sería un error absoluto contraponer el servicio a Dios y el servicio al hombre, la

teología y la antropología, la identidad y la funcionalidad de la fe cristiana, la ilustración y la redención, el testimonio en la mera presencia con la acción transformadora de acuerdo al evangelio, pero cuando surgen situaciones límites, porque la fe se desdibuja, la unidad de la iglesia está comprometida o una inculturación y pluralismo no suficientemente dilucidados hacen perder el sentido de la novedad absoluta del evangelio y de la gracia que Cristo nos trajo, entonces hay que volver a establecer los fundamentos objetivos, narrar la historia primordial, dar la palabra a Dios y a los que con autoridad apostólica la prolongan en la historia. Entonces las pedagogías deben orientarse a la luz de la teología, y la teología debe orientarse a la luz del evangelio, y el evangelio debe ser oído con obediencia de corazón, pecho a tierra dispuesto a obedecer la voz de Dios y si ésta llega a no endurecer el corazón.

Por ello, el juicio global sobre la necesidad, oportunidad y eficacia del Catecismo presupone un juicio previo sobre la situación actual de la fe, de la misión en el mundo, de la unidad y comunión en la Iglesia. Citamos a continuación el texto de Ratzinger como clave de comprensión de la situación de la Iglesia y no menos como clave que explica por qué y cómo ha surgido este Catecismo y no otro:

«El catecismo como libro no se ha hecho usual más que en tiempo de la Reforma, pero la trasmisión de la fe como estructura fundamental, nacida de la lógica de la fe, es tan antigua como el catecumenado, es decir, como la Iglesia misma. Deriva de la naturaleza misma de su misión y no puede renunciar a ella. La ruptura con una trasmisión de la fe, como estructura fundamental tomada de las fuentes de la tradición total, ha tenido como consecuencia fragmentar la proclamación de la fe. Ésta no sólo fue entregada a una exposición arbitraria, sino incluso puesta en cuestión en algunas de sus partes, que pertenecen a un todo y que, arrancadas de él, aparecen como trozos descosidos de un vestido.

¿Qué había detrás de esta decisión errónea, precipitada y universal? Las razones son variadas y hasta el presente apenas se las ha examinado. Ante todo hay que ponerlas seguramente en conexión con la evolución general de la enseñanza y de la pedagogía, que se caracterizan por una hipertrofia del método en comparación con el contenido de las diversas disciplinas. Los métodos se convierten en criterio del contenido y dejan de ser vehículo de contenido. La oferta se regula por la demanda. Así se han definido los métodos de la nueva catequesis en el debate sobre el Catecismo holandés... La prevalencia de esta teología práctica sobre la teología dogmática, e incluso el desarrollo de aquélla como un valor en sí, correspondía de nuevo a la tendencia actual de subordinar la verdad a la praxis, que en el contexto de las filosofías neomarxistas y positivistas se ha abierto un camino incluso en la teología. Todos estos hechos contribuyeron a sobrevalorar, endureciendo considerablemente, la antropología. Precedencia del método sobre el contenido significa predominancia de la teología sobre la antropología, de forma que la teología debe encontrar su sitio propio dentro de un antropocentrismo radical. El declive de la antropología hace aparecer a su vez nuevos centros de gravedad: reino de la sociología o, aún más, primado de la experiencia como nuevos criterios de comprensión de la fe tradicional.»

Hemos citado estas líneas por pertenecer a un texto histórico, revelador de una

lectura de la situación de la iglesia. Se podría asentir o disentir de él, pero no se puede negar que Ratzinger ha entrado a las cuestiones de fondo. Éstas no son primordialmente cuestiones catequéticas o de método, sino de principio. Está en juego la naturaleza de la fe, de su trasmisión, de la exégesis cristiana; la relación entre esperanza del hombre y oferta de Dios, entre evangelio y razón humana. Mérito de Ratzinger es haber elevado la cuestión desde un problema técnico, catequético o escolar, mostrando que se trata de cuestiones de fe y no sólo de teología, con las que están implicadas la verdad del evangelio y la unidad de la iglesia. Por supuesto que no todos los elementos del análisis y no todos los aspectos de su enjuiciamiento con las propuestas de solución tienen el mismo valor y merecen el mismo crédito, pero de fondo y como intención su aportación es admirable.

Esos problemas con los que la Iglesia se encuentra son en parte específicos, y nacen de su esencia y misión cristológicas, pero en parte son la repercusión que produce en ella una innovación cultural. De las grandes metafísicas y morales absolutistas (Kant, Hegel, Marx) se ha pasado al rechazo de todos los absolutos, reclusando al hombre en su voluntad de poder y de placer, de instante y de ingenio. Nietzsche llevó a cabo la crítica radical de Kant y de Hegel. En el extremo de la negación y del rechazo quiso acabar con la verdad, la racionalidad objetivable, Dios, los valores. Convirtió su ateísmo radical en nihilismo heroico. Hoy hemos perdido la dimensión de heroicidad y sólo tenemos un ateísmo trivial, en apariencia alegre y en el fondo desesperado y violento, porque el hombre no se vacía en vano de su entraña teológica y no olvida impunemente su destinación a la comunión con el Absoluto. La posmodernidad tiene razón en la crítica de los absolutos, dominadores y no redentores, pero ha absolutizado a su vez la trivialidad, la libertad desligada y la inteligencia sin asiento en la verdad. Sin verdad no hay racionalidad; sin ambas no hay fundamento para el deber y finalmente nada sustenta la esperanza. El instante se vive en furia y las Furias siempre despedazan.

He aquí los títulos de las tres obras fundamentales de G. Lipovetsky, uno de los autores más significativos de esta postura posmoderna:

- La era del vacío (Barcelona 1992)⁵.
- El imperio de lo efímero (París 1987).
- El crepúsculo del deber (París 1992).

Títulos semejantes podríamos encontrar en autores como Vattimo. La posmodernidad con su pensamiento débil, su ateísmo frívolo, su politeísmo alegre y su actitud insolidaria que olvida al prójimo y sobre todo al débil y al pobre, revelan una actitud secretamente desesperada y violenta, porque el hombre no puede olvidarse del todo a sí mismo, dejar de preguntar por el sentido de su existencia e indagar la posible existencia de Dios, a la que siempre ha visto religada su salvación.

En medio de esa historia, sin juzgarla, sin siquiera descubrirla, pero con ella ante los ojos, el Catecismo ofrece una palabra de verdad para el hombre, justamente en

cuanto se ofrece a sí mismo como un evangelio de salvación desde Dios. No en vano en uno de sus primeros párrafos aparece una expresión clave: «el sentido último de la vida». De ahí arranca y hacia esa meta orienta el texto entero: ser también luz para todo hombre de buena voluntad. Dios y el hombre son ya inseparables e impensables el uno sin el otro. Por eso el texto comienza con estas palabras: «La fe es la respuesta del hombre a Dios que se revela y se entrega a él, dando al mismo tiempo una luz sobreabundante al hombre que busca el último sentido de su vida. Por ello consideramos primeramente esta búsqueda del hombre, a continuación la revelación divina por la cual Dios viene al encuentro del hombre y finalmente la respuesta de fe».

Yo no diría que el Catecismo con sus cuatro partes resume las cuatro preguntas clásicas del Kant, para responderlas directamente: Qué puedo saber, qué debo hacer, qué me está permitido esperar, qué es el hombre. Pero debo confesar que, al ser los cuatro interrogantes últimos de la existencia, de ellos habla y a ellos quiere aportar luz. Lo hace no desde una peculiar sabiduría elaborada por los hombres que formamos la Iglesia, sino desde la revelación que Dios por su Santo Espíritu mantiene viva y renueva en medio de la comunidad de creyentes y por el diálogo con toda inteligencia, que busca la verdad, y toda voluntad que busca el bien. Un español contemporáneo nuestro, P. Lain Entralgo, ha elegido cuatro verbos para enunciar las cuatro grandes necesidades humanas, a la vez que, para expresar las pasiones de su vida: Conocer, creer, esperar, amar. Esas son las grandes pasiones, las grandes carencias, las grandes apetencias que constituyen al hombre, y que fundan su miseria y su gloria. El Catecismo es en este sentido un capítulo de la historia de la Iglesia y un capítulo de la historia de la humanidad. La Iglesia lo ofrece a todos los hombres creyentes y no creyentes, invitándoles desde la novedad del evangelio a pensar esa propuesta de vida, a ejercitar ese proyecto moral, a mirar el futuro con esos ojos y la correspondiente esperanza. Y lo hace desde la convicción de que es Dios el que suscita y funda, restaura y consuma la libertad del hombre.

Por ello la Iglesia no debería retener este texto como propio; ni los que no forman la Iglesia deberían verlo como ajeno. Si es el fruto de una parte de la humanidad, sin embargo quiere ser exponente de la entraña humana verdadera y se ofrece a todos los hombres de buena inteligencia y buena voluntad. Sólo reclama ser leído con la magnanimidad con que ha sido pensado y ofrecido. No excluye las imperfecciones e implica perfectibilidad. No es un texto infalible, sino una guía para el camino. Dios es infalible en todos y cada uno de sus actos y los hombres nos aproximamos a él en fe y en la esperanza. Este libro por ello se presenta con la gloria del que se sabe portador de una verdad bella y fecunda pero con la humildad de quien debe ser servidor del Dios siempre mayor y del hombre siempre mejorable. Quiere revivir el gesto de Jesucristo, ofreciendo su bello testimonio en favor de la verdad, cuando le es reclamado, y ante cualquier tribunal, sea éste una autoridad oficial, una cultura establecida o una esperanza que gime no expresada en el corazón de cada hombre o de una generación, que no ha encontrado sus guías hacia lo Eterno.